

Michel de Montaigne

DE LOS LIBROS

Ilustraciones de
Max

Traducción de
María Teresa Gallego



Nørdicalibros

DE LOS LIBROS

MICHEL DE MONTAIGNE

Ilustraciones de Max

Traducción de María Teresa Gallego

Título original: «*Des livres*», extraído de la obra *Essais* (libro II, capítulo X)

© De las ilustraciones: Max
© De la traducción: María Teresa Gallego
Edición en ebook: abril de 2019

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-94-17651-50-3

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra



No me cabe duda de que doy con frecuencia en hablar de asuntos que tratan mejor los entendidos y con mayor tino. Aquí, sin más, ejercito mis facultades naturales, que no adquiridas, y quien me deje por ignorante en nada me

estará ofendiendo, pues mal puedo responder ante el prójimo de lo que digo si no respondo de ello ante mí ni me ufano. Quien busque ciencia, que vaya a sacarla de donde mora; de nada hago yo menos profesión. Son estas de aquí obras de mi pensamiento con las que no intento dar a conocer las cosas, sino a mí mismo. Las cosas las sabré quizá un día, o las supe, si la fortuna me condujo a los lugares donde las explicaban; pero las he olvidado ya; y aunque sea hombre de algunas lecturas, no soy hombre de memoria; no puedo, pues, comprometerme a nada que no sea informar de con qué rasero se miden ahora mismo los conocimientos que yo tenga. No se fijé nadie en los temas de los que trato, sino en la forma en que los trato; véase, en lo que tomo prestado, si he sabido escoger con qué realzar o completar con tino lo añadido, que siempre procede de mí, pues hago que digan los demás, no antes que yo, sino a continuación, lo que no puedo yo decir tan bien, porque no me llega para ello el lenguaje, o porque no me llega el conocimiento. No cuento los préstamos que tomo, los sopeso. Y si hubiera querido alardear de su cantidad, habría puesto el doble. Son todos, o poco falta, de nombres tan famosos y antiguos que paréceme que se nombran solos y no me necesitan. En los razonamientos, comparaciones y argumentos, si alguno a sabiendas trasplanto a mi terruño y mezclo con los míos, oculto al autor a sabiendas, para refrenar la temeridad de esas sentencias precipitadas que se dictan acerca de toda clase de escritos, y sobre todo en obras recientes de hombres que todavía viven y en la lengua del vulgo que anima a todo el mundo a hablar de esos escritos y parece imponer un concepto y una intención no menos vulgares; quiero que usen mis narices para darle en las suyas a Plutarco y que caigan en el ridículo de insultar a Séneca al insultarme a mí. Me es menester ocultar mi debilidad tras tan magnas autoridades. Me gustaría que alguien supiera quitarme las plumas con su claridad de criterio y solo con percatarse de la fuerza y la belleza de lo dicho; pues yo, que por falta de memoria siempre paso apuros para separarlo por su origen, sé muy bien, pues calibro mis alcan-

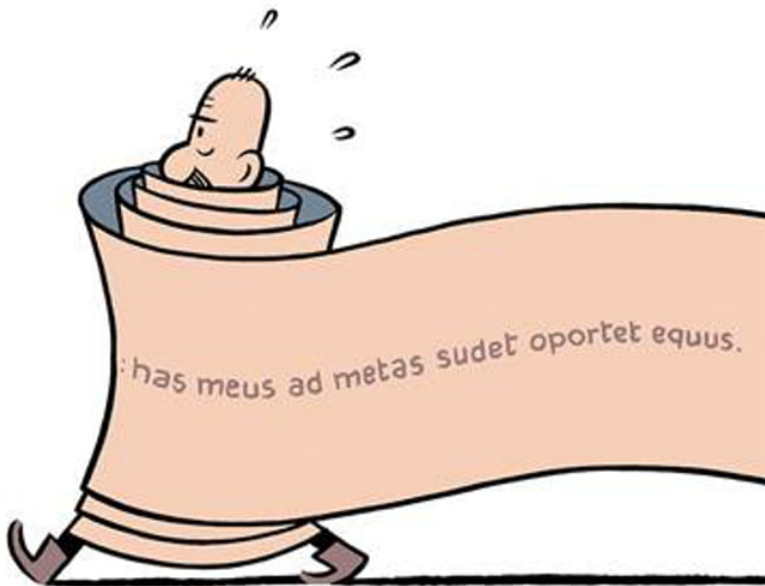
ces, que no es mi suelo ni poco ni mucho capaz de dar ciertas flores de gran esplendor que veo crecer en él y que, de todas las frutas de mi propia cosecha, ninguna puede compararse a esas. Y me veo, pues, en la obligación de aceptar las consecuencias si me trabo y si hay vanidad y vicios en mis palabras y no me percato de ello o no soy capaz de notarlo si me lo indican, pues con frecuencia se nos escapan faltas que no vemos, mas es propio de un juicio defectuoso no ser capaz de caer en la cuenta si otro nos las señala. La ciencia y la verdad pueden residir en nosotros sin criterio; y también puede haber criterio sin ellas: reconocer la ignorancia es uno de los más hermosos y rotundos testimonios de criterio que se me ocurren. No cuento con más sargento de línea que el azar para situar mis piezas: a medida que acuden mis cavilaciones, las voy apilando, ora se agolpan y ora van despacio y en fila. Quiero que se note mi paso natural y ordinario por muy irregular que sea; voy como se me antoja, no trato aquí, por lo demás, cuestiones que no debieran ignorarse y que no puedan tratarse de forma casual e incluso un tanto a la ligera. Desearía entender mejor las cosas; pero no quiero comprar esa inteligencia al precio que cuesta. Es mi intención pasar remansadamente, y no trabajosamente, lo que me quede de vida: no hay nada por lo que quiera quebrarme la cabeza, ni siquiera el conocimiento, por muy valioso que sea.

*Has meus ad metas sudet oportet equus.*¹

Con las dificultades, si con ellas me topo al leer, no me como las uñas; ahí se quedan tras haber arremetido contra ellas una o dos veces. Si me quedase plantado, me perdería y perdería el tiempo, porque tengo un carácter impulsivo: lo que no vea de primeras menos lo veré si me empeño. Nada hago si no es con buen humor, y el empeño y la presión excesiva me ciegan el entendimiento, lo amohinan y lo cansan. Se me turban y se me distraen los ojos, tengo que apartarlos y volverlos a fijar a trompicones: de la misma forma que para apreciar el brillo del escarlata nos ordenan que pasemos la vista por encima y en varias veces, apartándola de golpe y volviendo a mirar luego. Si tal libro me resulta enojoso, tomo otro y no me dedico a aquel más que en las horas en que empieza a adueñarse de mí el hastío de no hacer nada. No me intereso en los recientes, porque los de los Antiguos me parecen más completos y más recios; ni en los griegos, porque mi criterio no sabe ejercitarse de verdad cuando entiendo de forma pueril y como un aprendiz.

Entre los libros gratos sin más, encuentro, de los recientes, que el *Decamerón* de Boccaccio, Rabelais y los *Besos* de Johannes Secundus, si es que es posible colocarlos en esa categoría, son merecedores de servirnos de entretenimiento. En cuanto a los Amadises y otras obras así no me han merecido crédito para detenerme en ellas ni siquiera en la infancia. Y añadiré lo siguiente, bien con atrevimiento, bien con temeridad: a esta alma mía vieja y torpe no le hacen ya cosquillas no solo Ariosto, sino tampoco el buen Ovidio: su facilidad y sus inventos, que me deleitaban tiempo ha, apenas si me dicen algo ahora. Digo libremente cuanto opino de todas las cosas e incluso, llegado el caso, de las que están más allá de mis conocimientos y que ni tan siquiera considero que entren en mi jurisdicción: si de ellas opino, es también para manifestar hasta dónde alcanza mi capacidad y no hasta dónde alcanzan las cosas. Cuando me desagrada el *Axioco* de Platón, por parecerme obra sin

fuerza en semejante autor, dudo de mi juicio; no es tan osado como para oponerse a la autoridad de tantos otros excelentes criterios de los Antiguos a quienes tiene por guías y maestros y con los que, antes bien, lo alegra equivocarse; así mismo se culpa y se reprocha el quedarse en la corteza por no poder calar hasta el fondo o por considerar el asunto a una luz equivocada. Se contenta solo con precaverse de la confusión y el desarreglo; y en cuanto a su debilidad, la reconoce y la confiesa de buen grado. Cree estar interpretando con buen criterio las apariencias que le brindan sus capacidades; pero son estas flojas e imperfectas. La mayoría de las fábulas de Esopo tienen varios sentidos y pueden interpretarse de diversas formas: quienes las convierten en mitos escogen alguno de sus aspectos que cuadre bien con la fábula; pero la mayoría de las veces, no es ese más que el primero y es superficial; hay otros más incisivos y esenciales hasta los que no han sabido ahondar; y es lo que también a mí me sucede.



Pero, volviendo a tomar el hilo, siempre me ha parecido que, en poesía, Virgilio, Lucrecio, Catulo y Horacio van, con mucho, en cabeza; y muy notablemente Virgilio en sus *Geórgicas*, que me parecen la obra poética más lograda,

con cuya comparación puede verse fácilmente que hay episodios de la *Eneida* a los que el autor habría atusado algo más con el peine si hubiera tenido ocasión de hacerlo; y el quinto libro de la *Eneida* me parece el más perfecto. Me gusta también Lucano y lo leo de muy buen grado, no tanto por el estilo, sino por su valor intrínseco y el tino de sus opiniones y juicios. En cuanto al buen Terencio, que cuenta con toda la exquisitez y los encantos de la lengua latina, me parece admirable cómo retrata con gran propiedad los impulsos del alma y nuestros comportamientos; nuestras acciones me remiten continuamente a él; puedo leerlo todo cuanto me plazca, siempre hallo en él alguna belleza y alguna nueva delicia. Los de tiempos de Virgilio se quejaban de que había quienes lo comparaban con Lucrecio; opino que se trata en verdad de una comparación desigual, pero mucho me cuesta defender ese punto de vista cuando me hallo bajo el hechizo de alguno de los fragmentos más hermosos de Lucrecio. Si los enfadaba la comparación, ¿qué no dirían de la necedad y la torpeza bárbara de estos que hoy en día lo comparan con Ariosto? Y ¿qué no diría el propio Ariosto?

*O seclum insipiens e inficetum!*²

Considero que los Antiguos tenían aún mayores motivos para quejarse de quienes igualaban a Plauto con Terencio (es este mucho más elegante) que de los que lo hacían con Lucrecio y Virgilio. La estima y la preferencia por Terencio le deben mucho a que el padre de la elocuencia latina³ lo tuviera con tanta frecuencia en los labios, y solo a él en esa categoría, así como a la opinión del principal juez de los poetas romanos⁴ al hablar de su compañero.⁵ Muchas veces se me ha pasado por las mientes que quienes se meten en nuestros tiempos a escribir comedias (como los italianos, que tienen para ello bastante buena mano) utilizan dos o tres argumentos de las de Terencio o Plauto para hacer alguna de las suyas; acumulan en una sola comedia cinco o seis cuentos de Boccaccio. Si acarrean tantos materiales es por la desconfianza que tienen de poder sostenerse con

sus propios recursos: deben hallar una base donde apoyarse y, al no ser la suya lo suficientemente firme para interesarnos, quieren que el cuento nos entretenga. Acontece con mi autor todo lo contrario; las perfecciones y primores de su forma de expresarse nos quitan el apetito para el argumento; su agrado y su exquisitez nos acaparan por doquier; resulta en todo tan grato,

*Liquidus, puroque simillimus amni,*⁶

y nos colma tanto el alma con sus encantos que olvidamos los de su fábula. Esta misma consideración me lleva a decir más: veo que los buenos poetas de la Antigüedad no quisieron ser afectados ni rebuscados, no solo como lo son los españoles y los petrarquistas con sus fantásticas exageraciones, sino incluso en lo relativo a los extremos más medidos y contenidos que ornán todas las obras poéticas de los siglos siguientes. No hay, en consecuencia, ni un juez equitativo que los eche de menos entre los Antiguos y que no admire en mayor grado y sin comparación la lisura pareja y esa perpetua medida y esa hermosura florida de los epigramas de Catulo más que todos los agujones con que Marcial afila la cola de los suyos. Es ese mismo argumento al que me refería antes, y que Marcial se aplica a sí mismo: «*Minus illi ingenio laborandum fuit, in cuius locum materia successerat*».⁷ Aquellos destacan, sin acalorarse ni tomárselo a pecho, les sobra con qué hacer reír, no precisan las cosquillas; estos necesitan ayuda ajena; cuanto menos chispa tienen, más bulto precisan; montan a caballo porque no tienen bastante recias las piernas, de la misma forma que, en nuestros bailes, esos hombres de baja condición que los enseñan, al no poder igualar el porte y el decoro de nuestra nobleza, buscan prestigio en saltos arriesgados y otros movimientos raros y propios de volatineros; y las damas se malbaratan en los bailes en los que hay figuras variadas y movimientos del cuerpo, lo que no les sucede en esos otros más ceremoniosos en los que les basta con andar sencillamente con un paso natural y mostrar un porte espontáneo y su encanto habitual; he visto también cómicos

excelentes que con su atuendo de diario y su comportamiento usual nos proporcionaban todo el gusto que podemos hallar en su arte; los aprendices, que no son tan duchos, necesitan embadurnarse la cara de harina, disfrazarse, contorsionarse y hacer muecas desproporcionadas para conseguir que nos riamos. Esta opinión mía queda más clara, en mayor grado que con ningún otro ejemplo, si comparamos la *Eneida* y el *Furioso*:⁸ vemos al primer poema hender los aires con vuelo alto y firme, sin perder el rumbo; el segundo revolotea y brinca de cuento en cuento, como de rama en rama, por no fiarse de sus alas más que en trayectos breves y se posa cada dos por tres por temor a que le fallen el resuello y la fuerza,

*Excursus breves tentat.*⁹



Estos son, pues, en esta clase de asuntos, los autores que más me agradan.

En cuanto a mi otra lectura, que mezcla algo más de provecho con el gusto, con la que

aprendo a ordenar mis opiniones y mis circunstancias, los libros que para ello me sirven son los de Plutarco, desde que está en francés, y Séneca. Tienen ambos esa gran ventaja para mi talante: el saber que en ellos busco lo tratan por partes deshilvanadas y que no exigen una tarea prolongada, de la cual soy incapaz; tal sucede con los *Opúsculos* de Plutarco y las *Epístolas* de Séneca, que son la mejor parte de sus escritos y la más provechosa. No me hace falta gran empeño para ponerme con ellos y dejarlos donde quiera, pues no tienen continuidad entre sí ni dependen unos de otros. Estos autores coinciden en la mayoría de sus opiniones útiles y certeras, de la misma forma que el azar los hizo nacer más o menos en el mismo siglo, fueron los dos preceptores de dos emperadores romanos, procedían ambos de países extranjeros y ambos fueron ricos y poderosos. Enseñan la flor y nata de la filosofía presentada de forma sencilla y pertinente. Plutarco es más uniforme y constante; Séneca, más zigzagueante y variado; este se esfuerza, se envara y se crispa para dar armas a la virtud contra la debilidad, el temor y los viciosos apetitos, aquel parece no conceder tanto precio a esos esfuerzos y desdeña forzar el paso y estar sobre aviso: Plutarco tiene conceptos platónicos, moderados y acomodados al conjunto de los ciudadanos. El otro es estoico y epicúreo, sus opiniones se alejan más del uso común, pero son, en mi opinión, más útiles en lo personal y más firmes: se trasluce en Séneca que consiente un tanto la tiranía de los emperadores de su tiempo, pues tengo la certidumbre de que son forzadas las opiniones con que condena la causa de los nobles asesinos de César; Plutarco es constantemente libre; Séneca rebosa de rasgos de ingenio y de salidas, Plutarco, de contenidos; aquel nos enfebrecer más y nos llega más dentro; este nos satisface en mayor grado y nos aporta más, nos guía; y el otro nos empuja.